

LA RESILIENCIA DE LAS ASOCIACIONES PARA EL AVANCE DE LA CIENCIA

La ciencia atraviesa una crisis profunda. Su institucionalidad y capacidad de incidir en la transformación social se ven atrapadas entre tensiones persistentes: sobreproducción de documentos sin impacto real en los sistemas productivos y sociales; bancarrota ética derivada de un modelo de incentivos por la cantidad de publicaciones, ‘editoriales’ que privilegian la renta sobre la calidad; pérdida de credibilidad y legitimidad pública; precarización creciente del trabajo científico; recortes presupuestales y censuras motivadas por ideologías políticas. Esta crisis no es solo administrativa y de gobernanza, sino también estructural y amenaza la institucionalidad de la ciencia como bien público.

La defensa institucional de la ciencia no es reciente ni improvisada. Las primeras asociaciones de científicos, como la Sociedad Helvética de 1762 y la Sociedad de Científicos Naturales y Médicos (GDNÄ) fundada en 1822 en Leipzig, seguidas de la Asociación Británica para el Avance de las Ciencias (BSA) en 1831 y de la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias (AAAS) en 1848, han buscado proteger la ciencia y consolidarse como fuerza social y política, coordinando esfuerzos para presionar por recursos y reconocimiento que legitimen la ciencia como actividad vital de la sociedad.

En América Latina, este impulso tuvo un desarrollo propio. La Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias de 1934, presidida por el Nobel Bernardo Houssay, fue pionera en la Región. Su objetivo era apoyar el avance de la ciencia, defender la libertad de investigación y la búsqueda desinteresada del conocimiento -sin despreciar sus aplicaciones- y confederar las sociedades científicas del país. Tras la Segunda Guerra Mundial -punto de inflexión para la ciencia global- surgieron asociaciones similares en otros países: en 1948, la Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência (SBPC) y la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia; en 1950, la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (AsoVAC); y en 1970, la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (AvanCiencia). Este proceso de institucionalización permitió que, en 1974, se creara en Recife la Asociación Interciencia, concebida como un espacio continental para integrar a las asociaciones nacionales de América y fortalecer la cooperación regional.

Históricamente, estas asociaciones han actuado como instituciones puente: entre ciencia y Estado, academia y

sociedad, conocimiento y democracia. Acompañaron la creación de consejos nacionales de ciencia y tecnología, marcos regulatorios, fondos públicos de investigación y sistemas de formación doctoral. También desempeñaron un rol crítico ante los gobiernos para sostener presupuestos, infraestructuras y cooperación internacional. Más aún, impulsaron, entre las décadas de 1970 y 1990, la ciencia como el centro de los proyectos democráticos y de desarrollo. Esta trayectoria no estuvo exenta de rupturas. Crisis económicas, dictaduras, persecuciones políticas, exilios forzados y recortes presupuestales desarticulaban comunidades científicas emergentes y debilitaban instituciones clave. Sin embargo, las asociaciones persistieron. A través de congresos, revistas y redes de cooperación, mantuvieron viva la ciencia como proyecto colectivo de desarrollo.

Hoy enfrentamos nuevamente un escenario crítico de polarización política, ataques a la autonomía científica y marasmo de grandes programas de investigación que no se alinean con las ideologías gubernamentales y con la pleonexia de las grandes corporaciones. En un entorno hostil de recortes presupuestales y de extrema mercantilización del conocimiento, de desinformación y, en algunos casos, como el colombiano, de hostigamiento y persecución gubernamental basados en prejuicios ideológicos y retaliaciones personales, debemos acudir a la unión y a la suma de fuerzas para defender la autonomía del avance de la ciencia.

Las asociaciones para el avance de la ciencia no podemos desfallecer en nuestra función social de promover la ciencia como bien público. Tenemos la responsabilidad de mantener la resiliencia misional de proteger, fortalecer y poner la ciencia al servicio de la sociedad. Nuestro rol es vital en la interfaz entre ciencia, Estado y sociedad, promoviendo la educación y la creación de cultura científica y representando a la comunidad científica de la sociedad civil organizada en las dinámicas industriales y de políticas públicas. Pero, sobre todo, debemos defender las bases institucionales de la ciencia que sustentan un modelo de desarrollo basado en el conocimiento, la innovación, la libertad y la dignidad de nuestros pueblos.

LUIS ANTONIO OROZCO
Presidente AvanCiencia
Universidad del Rosario, Colombia